

Jornada Mundial de la Paz: 1 de Enero

(01.01.12)

Comenzar un nuevo año es como abrir una puerta a lo desconocido; nos llena de incertidumbre ante lo que nos vamos a encontrar, pero también de esperanza. Este nuevo año se presenta lleno de ambas cosas, aunque parecen predominar el temor y la incertidumbre. En un monasterio quizá no se palpe tanto, pero si miramos a nuestro alrededor, hay situaciones verdaderamente angustiosas. ¿Qué pensar de tantos como se han quedado en el paro? ¿Qué pensar de las consecuencias que tiene el no poder llevar un dinero a casa? ¿Y si encima han sido desahuciados y echados a la calle? ¿Qué situaciones personales y familiares se viven a causa de ello? ¿Cómo afecta en la propia estima y psicología cuando se ha pasado de tener un sueldo más o menos estable a tener que pedir alimentos o vivir de las migajas que da el Estado? ¿Qué pensar de aquellos que viéndose en una situación desesperada toman decisiones más agresivas?

La paz necesita una premisa: la justicia. Hoy nos encontramos en una situación un tanto peculiar al vivir una crisis tan global y con tantas responsabilidades: por acción, por omisión, por autoengaño, por egoísmo. Al examinar su origen buscamos culpables y nos damos cuenta que en mayor o menor proporción son muchos, pues la crisis que vivimos tiene una dimensión cultural y antropológica que ha llevado a una importante crisis de valores. El afán desmedido del tener, de conseguir los mayores beneficios sin reparar en las formas ni en las consecuencias, de consumir compulsivamente, de no querer afrontar las consecuencias que todo ello podía producir al gastar más de lo que se tiene, es lo que ha producido ahora una crisis de tal magnitud que las soluciones parecen una pescadilla que se muerde la cola. Y mientras, los más débiles son los que más sufren sus consecuencias día tras día.

La crisis es un momento duro, pero también es una oportunidad. De ella se puede aprender o no. Se pueden potenciar los valores negativos como la insolidaridad, la desconfianza, el buscar solucionar los propios problemas sin importar los demás..., o, por el contrario, se puede dar lo mejor de uno mismo, colaborando en una solución común, compartiendo lo que se tiene, buscando aliviar las dificultades de los demás, regulando mejor la tentación de la codicia que nos ha traído hasta aquí. Los momentos de crisis profunda como el presente son muy delicados. Al causar graves daños e injusticias pueden hacer que se pierda la paz social.

Ante esa realidad, ¿cómo presentar el nuevo año que se nos abre? El papa Benedicto XVI nos invita a vivirlo con la fe del salmista, que aguarda al Señor “más que el centinela la aurora” (sal 129, 6). No es una esperanza pagana como la del que espera que le toque el gordo o la del que “echa las cartas”. La espera cristiana brota de la fe que nos dice que el Señor ya está en medio de nosotros, que su Espíritu es la fuente de vida, que su Evangelio es guía para nuestros pasos. Vivir desde esos pilares nos lleva a esperar confiadamente que podemos encontrar una salida, pero con otros valores diferentes a los que ocasionaron este dislate.

El papa insiste mucho en la necesidad de la educación de los jóvenes, escuchándolos y acogiendo sus aportaciones como constructores de un mundo más

justo, al mismo tiempo que ofreciéndoles un valor positivo de la vida, suscitando en ellos el deseo de gastarla al servicio del bien. El egoísmo materialista ha estado en el origen de la actual crisis. La donación de sí mismo a favor de los demás hasta dar la vida no puede sino ser el mejor antídoto. Habrá que buscar soluciones paliativas y acciones de choque, pero sólo la transformación profunda de las personas dará un fruto duradero. Cuando cambian los valores, cuando partimos de la entrega de nosotros mismos y nos solidarizamos con los demás, entonces podremos mirar con fundada esperanza el futuro, también en el nuevo año que comenzamos.

Una cultura demasiado materialista nos hace olvidar el valor del hombre en sí mismo, nos lleva a desconocer su verdad. La cultura materialista centra la libertad humana en la búsqueda por satisfacer los propios antojos. Es una cultura tan centrada en uno mismo que termina haciendo de esa supuesta libertad una trampa para el mismo hombre. Y es que no podemos olvidar que el ser humano es un ser en relación. Su sed de plenitud le abre a los demás y a Dios –incluso compartiendo lo suyo y la propia vida–, mientras que el materialismo le cierra sobre sí mismo, preocupado sólo del propio interés. Quien descubre esta verdad del hombre, descubre que “no se puede sacrificar a la persona para obtener un bien particular, ya sea económico o social, individual o colectivo”. Los demás, todo ser humano, tienen una dignidad que no me pertenece ni puedo mancillar.

La principal arma con que cuenta el mal es su capacidad de disfrazarse de bien. Un estafador nos engaña por el cuidado con que se presenta ante nosotros, para que veamos algo distinto de lo que es. Por eso nadie negará el valor de la relación, de la plenitud, de la donación de sí mismo, de la libertad, etc. Basta con presentar el valor de la persona, atribuyendo un valor absoluto no tanto a ella misma cuanto a sus deseos, opiniones, sentimientos, bienestar, etc. Esto irá vaciando de contenido los otros valores raíces sin percatarnos siquiera de ello. De ahí surge la paradoja que la supuesta revalorización de la persona termine en no pocos casos esclavizándola, quitándole la libertad con la que pensaba actuar, alejándola de los demás y sus necesidades al centrarse en el propio provecho y haciéndole experimentar la vaciedad de una plenitud que ningún materialismo le puede colmar.

En esta jornada mundial de la paz estamos llamados a buscarla con ahínco en sus propias raíces. Educar en la justicia, la equidad y la solidaridad, educar promoviendo valores que merezcan la pena y nos saquen de nosotros mismos, invitando a dar la propia vida en relación con los demás, hacer esta propuesta a los jóvenes comenzando con nuestro testimonio de vida, nos hace constructores de la verdadera paz que no es simple tranquilidad.

Es ingenuo pensar que nosotros estamos a cubierto o que lo está quien goza de cierta estabilidad económica. Ante los peligros podemos llegar a pensar que no nos afectará a nosotros, y no buscamos soluciones, sin darnos cuenta que la enfermedad es algo que se extiende lentamente, terminando por afectar a todo el organismo. Lo mismo sucede con las soluciones que se buscan, que pensamos son los demás, los afectados, los que debieran cambiar, sin percatarnos que la medicina sólo funciona si comenzamos por nosotros mismos. Quien se encierra en su mundo queda estéril. Quien pretende arreglar el mundo sin comenzar por su casa, termina siendo ruidoso y estéril. La vida monástica

busca iluminar esta dimensión más esencial que será de gran ayuda para que otros no se dispersen en un trajín ruidoso. La vida comunitaria es un lugar donde podemos probar nuestro verdadero empeño en ser constructores de la paz mirando más allá, con ojos de profetas, levantando los ojos a Dios y desde los ojos de Dios.

Isidoro M^a Anguita